

Este es el relato de un Ingeniero Técnico de Telecomunicación que dedica parte de su ocio a la recreación histórica. El pasado 2 de diciembre, José Manuel Rodríguez Gómez-Escobar y otros casi cuatro mil aficionados de todo el mundo se dieron cita en Brno (República Checa) para celebrar los doscientos años de la batalla de Austerlitz.

LA BATALLA DE AUSTRERLITZ: EN EL TÚNEL DEL TIEMPO

José Manuel Rodríguez Gómez-Escobar,
Ingeniero Técnico de Telecomunicación

Ya había amanecido, pero el sol no se había asomado aún entre las nubes bajas, de color gris plomizo. Sabíamos que el enemigo se encontraba cerca, aunque nadie sabía bien dónde. Ciertamente estábamos más preocupados por el frío que por otra cosa. Pero de repente eso cambió cuando nuestros oficiales comenzaron a gritar órdenes en varios idiomas. Mi división estaba formada por italianos, austriacos, alemanes, checos, suecos, irlandeses y españoles. Formamos nuestras líneas de batalla con rapidez, todos éramos veteranos. Hecho esto comenzamos a avanzar hacia el frente a paso lento. Por delante de nosotros se desplegó una pantalla de infantes ligeros austriacos, inconfundibles con sus uniformes de color pistacho claro. Ellos fueron los que dispararon primero contra un enemigo que yo aún era incapaz de divisar. Y el humo de la primera descarga no ayudó a ver mejor. Pero la verdad es que en esos momentos yo estaba más preocupado por la nieve que me llegaba al tobillo, y que impedía caminar con comodidad. En esas estaba cuando la batería de artillería que estaba a nuestra derecha, y a la que acabábamos de rebasar, abrió fuego. Una tras otra, las cinco piezas de 6 libras lanzaron su descarga. Volvimos luego a ver a los infantes ligeros austriacos, ocultos por el humo. Dispararon sus mosquetes, y acto



seguido se retiraron a paso ligero por nuestra izquierda. Había huecos entre ellos, señal de que no todos volvían. Seguimos avanzando rodeados de una nube de humo de pólvora (apenas era visible la ermita de Santon, delante de mí y a mi derecha, sobre una colina), y poco después, por fin, vimos al enemigo, formado en línea de batalla justo enfrente de nosotros, a unos sesenta metros.

Aún nos acercamos más, marchando alineados regimiento tras regimiento, hasta unos veinte metros. Nos ordenaron hacer un alto. A esa distancia eran perfectamente visibles los uniformes franceses de color azul, los bicornios con sus escarapelas, y los detalles de los soldados que

teníamos enfrente, alineados hombro con hombro en unas formaciones de batalla que tras las atenciones de la infantería ligera no eran tan pulcras como antes. Nos ordenaron cargar los mosquetes, y así lo hicimos a toda velocidad. Nos ordenaron apuntar, y yo levanté mi mosquete (un modelo español de 1801), tomando puntería a ojo por encima del hombro del compañero de la primera fila. Luego nos ordenaron abrir fuego, y disparé. Conmigo, de izquierda a derecha, toda mi división, regimiento tras regimiento. Vi caer algunos franceses. Pero los demás cargaron sus mosquetes y apuntaron hacia nosotros. Abrieron fuego. Algunos de mis camaradas cayeron al suelo.

Era el 2 de diciembre de 2005; la batalla de Austerlitz había comenzado de nuevo. Y yo estaba en ella.

REVIVIR LA HISTORIA

El relato con el que abro estas líneas no pertenece a nadie que estuviera bajo los efectos del alcohol, ni son las memorias de un viajero en el tiempo. Se trata de la experiencia real de una persona de nuestros tiempos, una persona que como varios otros miles en todo el mundo se dedican a la recreación histórica, a reconstruir los elementos de otra época, y con ellos, reconstruir los hechos históricos de esa época. En concreto, es el testimonio real de un español que vistió el uniforme del regimiento de infantería de línea Voluntarios de Madrid en la recreación del segundo centenario de la batalla de Austerlitz, en los nevados campos de Moravia, cerca de Brno, en la República Checa.

Como él, casi cuatro mil recreadores históricos de todo el mundo se dieron cita en el mismo campo de batalla. Vestidos todos como soldados de 1805 de todas las naciones de Europa, representaron otra vez, doscientos años más tarde, el combate de Austerlitz, una de las batallas más famosas de la historia, frente a más de veinte mil espectadores de toda Europa y frente a las cámaras de la televisión.

¿Qué motivos pueden llevar a varios miles de personas de todas las profesiones (ingenieros, profesores, bancarios, albañiles, estudiantes de toda edad, agricultores, médicos, ¡incluso niños!) a recorrer



media Europa (o medio mundo, en algunos casos) para vestirse de época y pasar frío en un campo de batalla de hace doscientos años mientras juegan a los soldados?

En primer lugar, el cariño a la historia. Un cariño que no se para sólo en el estudio o en el recuerdo de los hechos, sino que va más allá, hasta el punto de gastarse el dinero en reconstruir tan fielmente como sea posible lo que llevaban nuestros antepasados, en la paz o en la guerra.

En segundo lugar, las ganas de reconstruir, para revivir, los hechos del pasado. En cierto modo esta parte es la conclusión lógica de la anterior: si no hay actos en los que puedan ser lucidos, los vestidos de época sólo sirven para adornar los armarios de quien los tiene. También existe otro motivo: poder compartir la afición con otra gente, incluso con gente de otras naciones. En el fondo, un recreador solo no aporta más que su pro-

pio equipo, que es insuficiente para hacer algo distinto a una simple formación estática, mientras que un grupo, o varios grupos, aportan todos su saber hacer y los elementos reconstruidos, con la posibilidad de hacer escenificaciones más complejas. En realidad, la reconstrucción es un deporte de equipo.

Y en tercer lugar, las ganas de divertirse. De hecho, la diversión es la amortización del esfuerzo realizado por equiparse, desplazarse y representar una escena histórica.

Ciertamente hay grupos en los que prima la diversión sobre el afán histórico, y otros en los que prima la historicidad por encima de cualquier otra consideración. Igualmente, hay recreaciones en las que lo importante es la exactitud en la conmemoración, y otras en las que la conmemoración se tiñe de fiesta popular o de divertimento poco al uso.

ELEGIR EL TIEMPO Y EL LUGAR

Las épocas recreadas son de lo más variopinto. Hay recreadores de la antigua Roma (tanto del período republicano como de los distintos períodos imperiales), recreadores bárbaros, vikingos, normandos, medievales en general (con gran variedad de equipamiento en función de la época recreada), renacentistas, de la Guerra de los Treinta Años, napoleónicos, de ambas guerras mundiales... No hay, de hecho, ninguna época que no pueda recrearse y reconstruirse.

En Europa las recreaciones más antiguas son las de romanos. Recientemente



(en la última década) han crecido mucho los grupos de recreadores del mundo napoleónico. No es ajeno a ello el que se vayan cumpliendo los plazos para que lleguen la conmemoración de los segundos centenarios de los hechos relevantes de la época. La vistosidad y variedad de los uniformes napoleónicos (quizá la época más destacada en ese sentido) hacen que estas recreaciones sean más atractivas para el gran público. No es de extrañar por tanto que haya recreadores napoleónicos incluso en Australia, en el Canadá, o en Estados Unidos.

La experiencia indica que no es el recreador el que elige la época, sino la época la que le elige a él, como si se tratara de una extraña vocación histórica. Extraña, si se tiene en cuenta que hay muy pocos historiadores de profesión en estos hechos.

Una vez elegido para una época, y una vez equipado conforme a ella, el siguiente paso es acudir a los sitios relevantes para la época recreada: la muralla de Adriano para los romanos imperiales, Hastings para los normandos, Bastogne para los de la Segunda Guerra Mundial... y por supuesto, sitios tales como Austerlitz, Bailén o Waterloo para los recreadores napoleónicos. En teoría cualquier sitio que disponga de un mínimo de espacio es susceptible de acoger una recreación. Sin embargo, hay sitios muy especiales. No es lo mismo pelear en el mismísimo suelo de Gettysburg, que hacerlo en cualquier otro sitio.

En cualquier caso, todos ellos aportan la misma experiencia: en el momento en que se visten con su equipo de época, es como si hubieran dado un paso más allá



del espejo y se encontraran en otra época, en otro lugar.

EN LOS ALTOS DE PRATZEN

Y, desde luego, no es lo mismo ver una puesta en escena en el cine, que contemplar en los altos de Pratzen, nevados, al amanecer del día del segundo centenario de Austerlitz, a varios miles de soldados perfectamente equipados y ataviados, esperando tomar parte en las celebraciones. Así regresamos a la narración original.

Austerlitz 2005 es un proyecto que llevaba funcionando desde 1995. La mayor parte de la financiación se ha conseguido a través del patrocinio de particulares, deseosos de ayudar a la empresa, y unir su nombre a la misma. En menor medida han colaborado las Administraciones públicas de la República Checa. La organización ha corrido en su mayor parte a cargo de recreadores checos, los

cuales a su vez tenían contactos con grupos de recreadores de todo el mundo, a los cuales fueron invitando al evento según se iba confirmando la disponibilidad de alojamientos, etc.

En este tipo de recreaciones es regla no escrita que los anfitriones proveen el alojamiento, la comida, el transporte local y otros elementos, como la asistencia de seguridad y de emergencia, la pólvora o los caballos. A cambio, por supuesto, se reservan el derecho a limitar el número de asistentes. Asimismo, es otra regla no escrita que a los recreadores foráneos se les dé una ayuda económica para que paguen su desplazamiento, si bien esta ayuda las más de las veces es simbólica porque no llega a cubrir gastos. Y esto en el caso de que haya tal ayuda. Porque, a cambio de esto, otra de las reglas no escritas es que el recreador invitado es responsable de llegar al lugar del evento con toda su impedimenta y equipo.

En el caso de Austerlitz 2005, el punto de encuentro era la ciudad de Brno, la ciudad grande más cercana al campo de batalla y por ello la única que ofrecía posibilidad de albergar a tantos recreadores. El alojamiento se hizo en la antigua base militar de Slatina, a las afueras de Brno, muy cercana al pequeño aeropuerto de Brno. La base de Slatina disponía de calefacción, servicios con duchas, y llave en los alojamientos. De estos tres elementos la experiencia demuestra que los recreadores lo que más demandan es la ducha. Si alguien pregunta por qué, no tiene más que ponerse el equipo de campaña (véanse las fotos que ilustran este artículo) y correr un poco a la vez que se dispara el mosquete de cuando en cuando.

La comida corrió a cargo de la organización, si bien, dado que la ciudad de Brno es muy barata para un bolsillo equipado con euros, comer y cenar a diario en el centro sale por muy poco dinero. Incluso en algunos sitios, a mitad de precio, si se iba equipado con el uniforme de época correspondiente, y se hacía un mínimo esfuerzo diplomático, respondiendo a las preguntas de los habitantes de la localidad. Este fenómeno del «descuento del uniforme» no es infrecuente, aunque también es cierto que este descuento es tanto mayor cuanto más exótico es quien lo porta. Y un uniforme español en Austerlitz es, ciertamente, poco habitual.



En cuanto a la conmemoración en sí, se centró en tres actos. El día 2, el día del segundo centenario real, hubo un pequeño acto, consistente en ver amanecer en la cima de la colina de Zurlan, donde Napoleón situó su primer cuartel general. De esta manera, y gracias a unas condiciones climáticas similares a las del día de la batalla (día frío, con niebla y nubes bajas) los (pocos) asistentes pudieron ver el «sol de Austerlitz» en unas condiciones muy similares a las que lo vieron, en el mismo sitio, Napoleón y sus ayudantes, saliendo por detrás de los altos de Pratzen.

El día 3 se escenificó la batalla propiamente dicha en la zona norte del antiguo campo de batalla, cercano a la colina Santon. Éste fue el acto central de la conmemoración.

Ese mismo día, por la noche, frente al monumento a la batalla situado en Brno, los soldados de todas las naciones rindieron homenaje a los que lucharon en la batalla y tras ello desfilaron por las calles de la ciudad. En otras localidades cercanas (todas las cuales habían ayudado de alguna manera a organizar el acto) se celebraron igualmente desfiles y otros homenajes.

El día 4 los recreadores fueron transportados hasta la localidad de Prace, donde se levanta un pequeño museo y el Memorial de la Paz, que rinde homenaje y recuerdo a la memoria de los miles de soldados que pasaron por el campo de batalla, sin distinción de naciones. Porque ésta es otra de las características de una recreación. En ningún caso la conmemo-



ración de un hecho histórico sirve de excusa para alardes nacionalistas o para humillar a otros. En la Europa moderna estos actos sirven para que no se olvide la memoria de lo que hicieron nuestros antepasados, gracias a los cuales somos como somos, para honrar su esfuerzo y su valor, y para rogar que nunca nos sea necesario volver a dirimir las diferencias entre nuestras naciones con las armas en la mano.

Los dos ejércitos «enemigos» formaron a ambos lados del camino que lleva al Monumento de la Paz durante el acto reli-

gioso que siguió, oficiado por un obispo católico y otro ortodoxo, en presencia de representantes de los gobiernos de Francia y la República Checa. Finalizado esto, el mismísimo «Napoleón Bonaparte» pasó revista a los ejércitos reunidos allí. Con esto acabaron oficialmente los actos del segundo centenario.

Gracias al tiempo libre dejado por la organización, y contando con la ventaja de que el campo de batalla sigue virgen en casi toda su extensión, los recreadores pudieron conocerlo enteramente: los pueblos de Telnice y Sokolnice, en el ala derecha francesa, Prace y sus altos en el centro de la línea aliada, y un poco por detrás, el pueblo de Austerlitz, o, en checo, Slavkov-u-Brna, que conserva una casa de correos por la que parece no haber pasado el tiempo...

ESTO NO ES EL FINAL

Las conmemoraciones de los segundos centenarios de los hechos de las Guerras Napoleónicas acaban de comenzar. Empezaron de hecho con la conmemoración de Trafalgar, en octubre, pero al ser una batalla naval, no dispuso de la espectacularidad de la conmemoración de Austerlitz. Los actos siguen.

Para octubre de este año 2006 está previsto recrear la batalla de Jena-Auerstadt (Alemania) en su segundo centenario. Y también el segundo centenario de la defensa del río de la Plata contra el ataque de los británicos y la reconquista de Buenos Aires, un capítulo americano de las Guerras Napoleónicas que los europeos a veces olvidamos.

Poco falta, además, para que pronto España se añada a estas conmemoraciones. En 2008 somos nosotros los que tendremos que celebrar en nuestro propio suelo los hechos de armas de la guerra. A tal efecto hay ya Administraciones que están trabajando en estas conmemoraciones, como los Ayuntamientos de El Bruch (Barcelona), Medina de Rioseco (Valladolid), Bailén (Jaén), La Coruña, La Albuera (Badajoz)...

Si le es posible, asista a una de estas recreaciones. Seguramente habrá alguna que le caiga cerca de casa. Acuda y mire. Y disfrute, porque viajar a través del tiempo es algo que a los mortales pocas veces se les ofrece gratis. ●

